

Legato Paradox - Tomo 1; El Reino de Trieste - Primera Parte; Génesis

Manuel Romero

Image not found.

Capítulo 1

El Pabellón de Antígono

En tiempos del Imperio romano las batallas de gladiadores representaban el espectáculo más importante y lucrativo del momento. No sólo los comerciantes mostraban interés por esta modalidad. Aquellos que aspiraban al progreso hacían lo posible por comprar propiedades para convertirlas en centros de entrenamiento para gladiadores. Los propietarios invertían su dinero sin reparo en la compra de esclavos con miras a convertirlos en "estrellas de la arena". Esta práctica no era la única vía. Algunos menos escrupulosos recurrían a saquear las aldeas en busca de jóvenes para convertirlos en la futura atracción. El pánico en las familias era evidente.

Antígono, un mercader de cincuenta y seis años, tramposo, corrupto y hasta prestidigitador, había decidido incursionar también en este innovador negocio. Comenzó a relacionarse con los mercenarios y criminales más temidos de la zona y es así que da con Árcalon, un criminal de treinta y siete años, de mal semblante que infundía temor por su corpulencia y carácter explosivo; pero que poseía mucha destreza en combate. Antígono no dudó en confabularse con esta alimaña para conseguir los mejores gladiadores. Creó un espectáculo que comenzó a ganar aceptación en el mercado logrando así opacar a la competencia. La fama le dio poder; pero le requirió nuevos retos. Con el fin de brindar al público el máximo disfrute, Antígono se dio a la tarea de coordinar y promover batallas, utilizando esclavos comprados o robados en zonas distantes. El propietario de la casa de gladiadores hacía pasar a estos esclavos como imponentes combatientes de otras arenas que venían a retar a los suyos. Así fue como Árcalon y otros criminales manejados por Antígono fueron ganando gran reputación como poderosos gladiadores.

El Pabellón de Antígono, como se nombró a su casa de gladiadores, se consagró como el mejor espectáculo de la región generando grandes ingresos al mercader. El apogeo era evidente; pero ninguna empresa está exenta de percances. Llegó a la zona un circo que en poco tiempo se convirtió en la gran atracción disipando así la fama e ingresos del negocio de Antígono. La figura principal de este novedoso evento lo era un muchacho de apenas diez años, llamado Acre que fue abandonado al nacer y criado por Séptimo el dueño del circo. El muchacho era sagaz, de buen semblante, gran carisma y aprendía con facilidad. Su interacción con los integrantes de El Circo de Séptimo le permitió desarrollar diversas habilidades en ese campo. Su mayor cualidad era la constancia y se percibía en su extraordinaria ejecución.

El mercader, que no estaba dispuesto a compartir la región con este circo envió a sus inescrupulosos gladiadores a saquearlo con la intención de

ahuyentarlos y también intimidar a cualquier otro que osase hacerle la competencia. Árcalon lideró a sus gladiadores hasta el circo y disfrazados de ladrones comenzaron a robar a los espectadores. Las risas se fueron disipando y los del espectáculo se dieron cuenta de lo que pasaba. Subieron a las gradas y se enfrentaron a los intrusos. Para sorpresa de los criminales varios de los trabajadores del circo poseían habilidades en combate, las que utilizaban como parte de su presentación y dieron cátedra de su dominio. Los ladrones, al verse desventajados, la emprendieron contra el público que no dejaba de vitorear a los del circo. Se armó tremenda pelea, la gente corría en todas direcciones para tratar de protegerse. En su carrera tropezaban y tumbaban jaulas. Los animales liberados se alborotaban y se confundían en esa descontrolada multitud. La situación se tornó muy peligrosa. Los del circo por evitar una tragedia mayor dejaron a los agresores y comenzaron a controlar a los animales. Aislaban a los niños más pequeños de los peligros. Los ladrones tomaron ventaja de esto y huyeron llevándose consigo a espectadores y a varios empleados del circo.

Acre, notando la huida de los malhechores decidió seguirlos. Sabía que no podía detenerlos; pero sí descubrir a dónde se dirigían. La persecución no fue prolongada. Muy confiados los agresores se detuvieron en una estructura que apenas se distinguía por la poca iluminación. Acre se acercó sigilosamente y descubrió que estaba en El Pabellón de Antígono. El muchacho, aún lleno de asombro, regresó con Séptimo y le informó sobre su hallazgo; pero el dueño del circo estaba muy consternado por lo ocurrido, trataba de reorganizarse, daba instrucciones aquí y allá. La frustración era evidente. Séptimo sabía de la mala fama de Antígono, de lo temido que era en el sector. Era mejor no enfrentarse a esa banda de abusadores. Decidió no reclamarle a Antígono nada, la vida era más importante que las pérdidas, así que prefirió tomar lo que se pudo salvar del circo y optar por partir de la zona lo antes posible.

Pasados algunos días, mientras Acre y otros empleados reunían víveres para su partida, una comparsa llegó al poblado. Los curiosos cruzaban la calle para presenciar el acontecimiento. A viva voz se hacía el anuncio del próximo espectáculo de El Pabellón de Antígono. Árcalon, la estrella del pabellón sería retado por unos gladiadores provenientes de una arena lejana. Acre observó detenidamente a los combatientes extranjeros que hacían su arribo y aunque estos portaban máscaras que protegían su identidad, el joven identificó a uno de sus compañeros por medio de una cicatriz que llevaba en el pecho. Acre siguió observando al resto del grupo y reconoció a otros cuantos por sus diversas particularidades. No había duda, en esa comparsa estaban sus amigos. Trató de controlar su enojo, pues debía idear un plan para rescatarlos. Se acercó con gran sigilo al de la cicatriz que también lo reconoció y le indicó que los liberaría.

Capítulo 2

Estampida

Llegó el día del tan anunciado espectáculo y en El Pabellón de Antígono se coordinaban los últimos detalles para éste. En las gradas se escuchaban las risas de los primeros fanáticos. El flujo de gente se hacía notar. El evento se había promocionado mucho y se esperaba una gran concurrencia. La vigilancia resultaba un verdadero reto con tanto visitante. En los aposentos el ambiente era otro. Los encargados caminaban con premura para tener todo listo, en cambio algunos gladiadores reflejaban angustia e incertidumbre, pues los combates eran mortales.

De pronto un estruendoso ruido se apoderó del lugar. Una estampida de elefantes intentaba penetrar en el pabellón. Los guardias no sabían que acción tomar, si quedarse en las gradas para controlar a los fanáticos o acorralar a los paquidermos que se abrían paso llevándose todo por delante. Las furiosas bestias lograron entrar en el lugar, llevaban en sus lomos unos cuantos monos, que tan pronto escuchaban el silbido de su líder saltaban al suelo y se dispersaban causando estragos, lanzando piedras a los soldados o atacándolos directamente. La situación se tornaba incontrolable para los guardias. Antígono ordenó liberar a los gladiadores para que brindaran asistencia a los impotentes soldados. En el momento en que los gladiadores comenzaron a atacar a los monos y a los elefantes, un grupo de osos irrumpió en el lugar. Sentado en el lomo del líder de estos plantígrados se podía observar la figura de un joven que con ademanes y silbidos los controlaba. El muchacho había liberado a los animales del circo y los conducía hasta el pabellón, armado con arco y flecha el joven hacía gala de su fina puntería acertando cada tiro que dirigía a los guardias y gladiadores.

Antígono enfurecido ordenaba a los gladiadores detener al chico, que descendía del lomo del oso para adentrarse en los calabozos, Acre fue interceptado por Árcalon y sus asesinos quienes no dudaron en atacarlo. El intruso haciendo uso de su agilidad logró escabullirse de éstos. Las bestias estarían fuera de control en poco tiempo y esto dificultaría la liberación de sus amigos si no actuaba rápido. Necesitaba la asistencia de otros animales, silbó e inmediatamente llegaron unas agresivas panteras que se le unieron y lo resguardaron hasta llegar a los aposentos. El panorama era deprimente, el mal olor le causaba náuseas, en una celda un anciano cargaba una pesada cadena; pero no tenía tiempo para la caridad. El lugar era más grande de lo que pensaba y mientras caminaba las voces de los prisioneros lo ensordecían. Se detuvo de súbito frente a una escena desgarradora, unos cuerpos colgaban de unas cadenas, estaban ensangrentados, habían sido flagelados y asesinados brutalmente; pero aún eran reconocibles. Sus amigos habían sido ejecutados. La furia

se apoderó de él, blasfemó y comenzó a retroceder para enfrentarse a los asesinos. Árcalon esquivaba a uno de los animales cuando escuchó la voz del muchacho que a la vez que se abalanzaba sobre él le reclamaba el despiadado crimen. Intercambiaron golpes y cuando el muchacho se vio sin salida comenzó a silbar y un grupo de águilas se abalanzó sobre Árcalon dándole al desventajado chico la oportunidad de alejarse.

Por otro lado, Antígono daba instrucciones, exigía acción, lucía desesperado ante la inevitable destrucción de su pabellón cuando de pronto se presenta un grupo de soldados romanos para controlar la situación. Antígono había invitado a varias personalidades importantes del Senado de Roma a presenciar el espectáculo, por lo que se había redoblado la vigilancia en el sector. Los soldados romanos muy presurosos comenzaron a controlar a las furiosas bestias que se dispersaban causando que los espectadores huyeran despavoridos buscando refugio. La situación se había salido de control. El causante de este desastre también intentaba escapar a los ataques de Árcalon y sus gladiadores. Al poco tiempo los que lo perseguían lograron acorralarlo. El muchacho al verse perdido extendió sus manos y de sus mangas salieron un par de cobras las que detuvieron el avance de los gladiadores y aprovechando esta oportunidad lanzó múltiples silbidos para ordenar a sus bestias que se reagruparan junto a él.

El público, que ya se había calmado un poco, gracias a la intervención de los soldados romanos, creía que todo lo que se había suscitado era parte del espectáculo, gritaba y ovacionaba al muchacho. Antígono al percatarse de lo maravillados que quedaron sus invitados ante el ataque de las bestias, ordenó a sus hombres retirarse y se dirigió muy presuroso donde Acre que aún estaba consternado por su osadía. Una vez frente al valiente muchacho el sabio mercader le invitó a unirse a su espectáculo ofreciéndole fama y riquezas. Acre consiente de que sus oportunidades de escapar eran limitadas aceptó el ofrecimiento; no sin antes hacer una petición. Señalando al maltrecho Árcalon manifestó que se quedaría con la condición de enfrentarse algún día a ese gladiador.

Árcalon al escuchar la condición que exponía el muchacho se acercó a éste para atacarlo; pero Antígono lo detuvo bruscamente, pues los senadores romanos estaban muy entusiasmados con la petición, le manifestaron que sería un encuentro interesante y el astuto mercader sabía que debía quedar bien con ellos y con la multitud que vitoreaba la hazaña del joven. Árcalon muy molesto reclamó tal atropello; pero Antígono no sólo lo amonestó; sino que le indicó que él se encargaría de ahora en adelante de entrenar al joven. Su proyecto sería convertirlo en un gladiador. Después de indicarle al guerrero que se retirara se dirigió al muchacho y con gesto de aparente camaradería reafirmó su ofrecimiento y avaló la condición que el intruso exigía.

Capítulo 3

Sagitta

Bastó sólo un año para que aquel muchacho desaliñado y escualidón se convirtiera en un apuesto y fornudo mozuelo. Pasaba horas entrenando y perfeccionando tácticas de combate. Acre se encontraba listo para su debut como gladiador. Árcalon había hecho un trabajo excelente con el joven, a pesar de que lo que deseaba era matarlo. No desperdiciaba una oportunidad para atacar al intruso; pero como éste siempre estaba rodeado de alguna de sus mascotas no lograba su cometido. Su enojo se acrecentaba con cada intento y no veía la hora de desaparecer al aprendiz que cada vez lo impresionaba con sus avances. Cuando éste lo retaba o le cuestionaba bruscamente alguna directriz recordaba sus años de mocetón. En ocasiones se veía recreado en ese pupilo. Cuando joven había sido igual de sagaz; pero las circunstancias lo habían llevado a convertirse en lo que era actualmente: un hombre sin escrúpulos, con resentimientos, un solitario intolerante.

Por otra parte, Acre era todo lo contrario, se mostraba compasivo, atento y muy disciplinado. En su tiempo libre le gustaba indagar con otros gladiadores estrategias de combate que le ayudaran a perfeccionar las que había aprendido con Árcalón. Se había impuesto un reto y debía prepararse bien para enfrentarlo. Sabía que su mentor no le había enseñado todo lo que sabía y por eso debía tener "más maña que fuerza". Acre era todo un gladiador, dominaba la lanza y la espada con pericia. Su mayor habilidad era con el arco y fue esto lo que hizo que Antígono le diera el nombre de Sagitta ya que la mayoría de los gladiadores cambiaban de nombre, pues sus apoderados creían mucho en esta inventiva; consideraban que la vida pasada de sus representados era inferior a la que se les ofrecía en la arena.

El Pabellón de Antígono se había reconstruido, era más amplio. Su propietario se había propuesto convertirlo en uno de los mejores del lugar y sin duda la impresionante estructura lo era. Los eventos que se efectuaban eran muy concurridos; pero cuando se promocionó el debut de Sagitta, la euforia en todo el sector se hizo notar. Sin haber peleado ya figuraba como uno de los favoritos, pues el muchacho integraría alguna de sus mascotas en sus presentaciones como: el elefante Cagliari, su oso Riga, Merlert la pantera, el águila Limerick, su mono Sliema y sus serpientes cobra Hamrun y Bergen. Estos animales estaban domesticados; pero demostraban ferocidad llegado el momento.

Y precisamente la ocasión llegó. El pabellón estaba lleno a capacidad. En los aposentos se escuchaba la algarabía que provenía de las gradas. El público aclamaba y ovacionaba a Sagitta. Este comportamiento de los fanáticos fue sembrando en algunos guerreros envidia y Árcalón, que

siempre estaba al tanto de todo, se aprovechaba de ese malestar para sembrar cizaña y así tener más aliados en su bando.

Esa misma tarde cuando Sagitta preparaba su atuendo para su inicial presentación, se le acercó Antígono y le comunicó que había pautado para el próximo espectáculo su anhelado combate con Árcalon. Que asistirían al evento dignatarios y otras figuras importantes. Esperaba que el pabellón se llenara a capacidad y para ello ya había comenzado la promoción por algunas provincias. El encuentro de Sagitta con su mentor sería el evento de clausura de la noche y debía ser lo máximo. Recrearía el momento en que Acre invadió el pabellón. Los animales serían la sensación. El propietario del pabellón comenzó a darle detalles al muchacho sobre ese prometedor evento; pero Sagitta sólo pensaba en que por fin lograría hacer justicia. La muerte atroz de sus amigos le causó muchos desvelos; al fin había llegado el momento de enfrentarse al despiadado Árcalon. Un movimiento brusco de Antígono lo hizo reaccionar y aunque no estaba muy alerta escuchó cuando éste le advirtió que se concentrara en esta presentación.

Las batallas que presidieron a la participación de Sagitta gozaron de la aceptación del público inclusive, la euforia en la arena se hacía sentir por toda la región causando que en los alrededores de ésta se aglomerasen cientos de personas que por múltiples razones no lograron entrar al pabellón. En su aposento Sagitta seguía pensando en lo que le había comunicado Antígono y aunque el rugido de los animales y las voces de los fanáticos lo sacaban de su ensimismamiento no lograba disipar su angustia. La espera se le hacía eterna.

Estaba colocándose el arco y el carcaj cuando alguien le indicó que ya debía salir a la arena. Se detuvo para revisar su atuendo. Justo cuando estaba ajustándose el cinturón vio su reflejo en un escudo que se encontraba en la pared. El joven gladiador lucía un conjunto de cuero acompañado por una larga capa y una máscara para proteger su identidad, su armamento era personalizado. Sagitta se había encargado de darle nombre a cada una de sus posesiones: Scutum Scorpionem era un escudo de acero impenetrable que poseía al reverso un sistema de ballesta, la Excussum Arcu, era una lanza que contaba en su parte posterior con una especie de arco que podía disparar flechas a gran distancia sin temor a errar en su objetivo y la Gladium Scorpionem era una hermosa espada que podía cercenar al oponente en un instante. Además contenía en su interior un sistema de ballesta similar al del escudo que podían ser liberadas con gran facilidad. Todos estos artefactos lucían en armonía con la silueta del muchacho, hasta le daban cierta grandeza.

No hubo necesidad de volverlo a llamar, pues las voces de los fanáticos aclamándolo indicaban que su momento había llegado. Muy presuroso lustró con su hombro el borroso escudo que se encontraba en la pared.

Volvió a contemplarse, repasó sus pertenencias, dio unos cuantos giros, asumió varias posturas y mientras lo hacía tenía dibujada una sonrisa de satisfacción. Acto seguido abandonó el aposento murmurando unas palabras.

Árcalón había recibido la noticia de su enfrentamiento con el muchacho con anterioridad y había ideado un plan para matar al intruso y así evitar su encuentro con éste. Tenía muchos aliados y se había contactado con ellos para efectuar su macabra maniobra. Pidió a sus compinches que se infiltraran en la función de apertura del evento, que se hicieran pasar por actores y que en la primera oportunidad mataran al muchacho y a sus mascotas. Antígono auguraba un gran espectáculo y claro que lo tendría.

En las gradas el público gritaba de emoción al escuchar el estruendoso sonido causado por los elefantes, que siguiendo a su líder Cagliari, se acercaban a la entrada de la arena. Los actores en sus roles de soldados intentaban detener el avance de las bestias, los monos, guiados por Sliema, se apoderaban de las gradas y en medio de ese tumulto, Sagitta hizo su entrada sobre el lomo de su oso Riga. Silenciando las masas Sagitta lanzó un silbido al aire y un grupo de panteras lideradas por Merlert recorrieron las gradas causando furor entre los fanáticos. Acto seguido Limerick guió a sus águilas por toda la arena alborotando a la multitud. El espectáculo montado por Antígono se estaba convirtiendo en un gran éxito.

De pronto, los gladiadores que se habían infiltrado entre los actores comenzaron a aniquilar a las bestias. Sagitta al percatarse de lo ocurrido arremetió contra éstos, utilizando el sistema de arco de su lanza demostrando que la reputación sobre su puntería era real. Los gladiadores le superaban en número; pero el muchacho era ágil y se desprendía de los atacantes fácilmente. Cuando el muchacho notó que los gladiadores estaban cansados de tanto perseguirlo y que habían logrado acorralarlo utilizó la ballesta de su escudo y sorprendió a sus agresores, quienes no esperaban un ataque de flechas a tan corta distancia, luego desenfundó su espada y comenzó a dar giros para aislar a sus atacantes dejándolos maltrechos y mutilados. El público ovacionó al muchacho sin cesar y cuando sólo quedaba un gladiador en pie exigieron al joven ultimará a éste. El vencedor miraba a la audiencia y dejándose llevar por la euforia del momento, por la rabia y la impotencia que sentía ante aquel cruento acto de sus enemigos; levantó su espada y con gran determinación atravesó el corazón del derrotado gladiador. Cerrando así "con broche de oro" su debut en la arena.

Capítulo 4

Colisión

El Pabellón de Antígono fue invitado a participar en innumerables arenas. Su fama se acrecentaba con cada combate. Sagitta era la clave de ese éxito y aunque Árcalon insistía en sabotear sus presentaciones, el joven se las ingeniaba para salir airoso. Durante todo un año el novicio gladiador disfrutó el hacer quedar mal a Árcalon llevando a éste a tal punto de enojo que una noche, cegado por el coraje, asesinó a sangre fría las mascotas del muchacho. No conforme con esto, el despiadado gladiador, destruyó todo el equipo de Sagitta. Antígono no podía contener su furia, la presentación de su gladiador principal tenía que ser cancelada. Árcalon tenía la oportunidad que deseaba; pues con Sagitta fuera del espectáculo él podía recibir toda la atención del público.

Antígono intentaba levantar la moral de Sagitta, quien sufría grandemente la pérdida de sus inseparables mascotas. El joven gladiador ya había perdido varios animales en sus actos y como parte de los sabotajes de Árcalon; pero éstos, específicamente, se habían convertido en la única familia que le quedaba. El joven acompañó al propietario del Pabellón a disfrutar el resto de la presentación en un intento por distraer su pena. Esto resultó en todo lo contrario; pues el sádico Árcalon se presentó en la arena portando un atuendo confeccionado con los restos de las mascotas de Sagitta. De Cagliari llevó los colmillos para utilizarlos como espadas, de la cabeza de Riga se fabricó un casco, con las garras de Merlert se confeccionó unos guantes, de Limerick utilizó plumaje para decorar su peto, del pelaje de Sliema se fabricó un taparrabo y por último llevaba colocado, a modo de cinturón, las serpientes Hamrun y Bergen quienes maltrechas intentaban soltarse. Al ver semejante monstruosidad la multitud se alborotó como no lo habían hecho en toda la noche. Árcalon dirigió su mirada hacia el pupilo para disfrutar del sufrimiento que debía sentir éste. Sagitta sostuvo la respiración, disimuló su furia y le comunicó a Antígono que se enfrentaría a Árcalon.

Sagitta bajó a los aposentos, se tomó un tiempo para prepararse ya que parte de su atuendo había sido destruido por Árcalon. Lo que el mentor no sabía era que el joven siempre tomaba precauciones; pues desconfiaba de éste y tenía escondido otro equipo de combate superior al destruido. La Stella Gladium como nombró a su poderosa espada que se componía de cuatro hojas que se desplegaban y adoptaban en algunas ocasiones la forma de un abanico y en otras, la forma de una estrella.

En tanto Árcalon batallaba con algunos gladiadores novatos. Se mostraba despiadado para intimidar a los que observaban curiosos y temerosos de enfrentarse a aquella máquina de pelea. Entretenía muy bien a la audiencia. La espera se hacía eterna; pero se percató de la entrada del

muchacho por la euforia del público. Sagitta saludó a los que lo aclamaban e hizo con suma confianza el acostumbrado recorrido por la arena. Se ubicó en su sitio de combate esperando su turno.

Minutos después el repiquetear de metales por la fricción hacía que los fanáticos se alborotaran. Por momentos el encuentro era parejo; en otros Sagitta era víctima de las trampas de Árcalon. El despiadado gladiador aprovechaba cualquier oportunidad para obtener ventaja. El pupilo tenía destreza; pero el mentor tenía mucha experiencia y malas mañas. Ambos gladiadores intercambiaban golpes causándose heridas uno al otro. La arena se volcaba en total apoyo al joven lo que encolerizaba al sangriento asesino. Las heridas en el cuerpo de Sagitta eran profundas, manaba sangre por el costado, se encogía para evitar el dolor, reaccionaba a los golpes inesperados de su atacante, pero comenzó a mermar su velocidad permitiendo que Árcalon tomara total dominio del combate. El inescrupuloso gladiador conectó un golpe demoledor al maltrecho joven lanzándolo al suelo de manera abrupta, la audiencia comenzaba a pedir piedad para Sagitta quien se encontraba derrotado.

Antígono ordenó a Árcalon detenerse en su ataque; pero este hizo caso omiso. Colocó su pie sobre el torso del joven y comenzó a hacer alarde de su dominio mostrando la espada con la que lo asesinaría. Esta distracción de Árcalón le permitió a Sagitta alcanzar a una de las serpientes que su agresor traía en la cintura y cuando Árcalón bajaba su arma para atravesarlo el muchacho le colocó la cobra en el pecho. Sin dar tregua se apoderó de la otra y se la enrolló en el cuello. Cuando Árcalón sintió que se asfixiaba soltó la espada para desprenderse de los réptiles. Sagitta tomó el arma y ultimó a su agresor concluyendo así su combate.

Capítulo 5

Renacer

Sagitta pasó de ser un simple gladiador a uno de renombre. Lo que más lo caracterizaba era su constancia, le gustaba innovar, mejorar estrategias. Seguía confeccionando atuendos, acompañándose de las mejores armas. Asesoraba a los principiantes y le establecía retos a los más diestros. Los gladiadores de más experiencia tuvieron que mejorar su ejecución en dicho ejercicio para estar a la par con el impetuoso joven. El prestigio de los dirigidos por Antígono creció tanto que fueron invitados al más grande torneo de gladiadores celebrado en el Imperio. Cientos de casas enviarían a sus mejores combatientes con la intención de ganar mucho dinero y fama. Antígono no tenía dudas de que Sagitta tendría una excelente presentación.

Los gladiadores invitados fueron alojados en los predios de la enorme arena, donde las presunciones y los retos no demoraron en presentarse. Sagitta fue convocado a una junta que unos gladiadores habían organizado informalmente. El propósito de la misma era la planificación de una rebelión por parte de los gladiadores, quienes querían aprovechar que los mejores combatientes del Imperio se encontraban allí para liberarse de sus captores y buscar una mejor oportunidad de vida. Sagitta no demostró interés en lo que se le proponía; pero sabiendo que no tenía manera de evitar el enfrentamiento comentó a sus compañeros que de una forma u otra el resultado final sería la muerte, por lo que no veía razón para no participar con ellos en la rebelión.

Se aproximaba el día del torneo y los gladiadores estudiaban las estrategias que usarían para llevar a cabo su objetivo. La seguridad de la arena estaba compuesta de guardias alquilados y de algunos soldados romanos. Los gladiadores esperaban que, para la noche del espectáculo, más centinelas romanos fueran asignados a la arena. Sagitta fijó su atención en un guardia, este era sumamente joven, de un aspecto similar al suyo: ojos café, pelo lacio, estatura promedio y músculos no muy sobresalientes. El nuevo vigilante era diestro en su quehacer, de cierto liderazgo. El joven gladiador comenzó a relacionarse con este guardia llamado Trieste. En pocos días había logrado sacarle al novato información confidencial sobre la seguridad del próximo evento. Este acto de Sagitta le hizo merecer la confianza del liderato de los guerreros quienes no habían estado convencidos del compromiso del joven con la rebelión.

La noche del evento llegó y los gladiadores pusieron en marcha su plan, que fue elaborado según la información obtenida por Sagitta. Los guardias y soldados eran superados en número por los gladiadores quienes además conocían la ubicación y las estrategias de éstos. La batalla fue sangrienta y fueron muchas las bajas. Los gladiadores tomaron control de la arena y

comenzaron a saquear a los presentes. Luego de coleccionar provisiones y armamentos, los rebeldes se reagruparon para abandonar la arena, los gladiadores que poseían el liderazgo contaban sus bajas y se percataron de que entre ellas se encontraba Sagitta. Apesadumbrados por la pérdida del joven que contribuyó grandemente a sus planes, los rebeldes abandonaron la arena en busca de un mejor porvenir.

Minutos después, la arena se encontraba desierta, los cuerpos inertes quedaron esparcidos por doquier y entre ellos un joven caminaba en busca de su futuro, su renacer. Este joven era Sagitta que consciente de que el futuro de sus compañeros gladiadores estaba escrito había elaborado su propio plan que consistía en fingir su muerte para desligarse del grupo de rebeldes. Ahora el astuto muchacho buscaba entre los soldados caídos el cuerpo de Trieste para intercambiar vestimentas. Cuando los refuerzos arribaron a la arena el joven gladiador se presentó ante éstos como Trieste, el único soldado sobreviviente de la rebelión.

Capítulo 6

Reino de Trieste

Uniéndose a los refuerzos que arribaron a la arena Sagitta, bajo la identidad del soldado romano Trieste, salió a la caza de los gladiadores rebeldes. Luego de varios días de persecución los soldados romanos lograron interceptarlos dando comienzo una batalla sin cuartel. Sagitta, quien había comenzado a disfrutar la vida de un soldado romano, no titubeó en combatir contra los gladiadores sorprendiendo a los guardias con sus habilidades. Tan impresionante era la gesta, del ahora llamado Trieste, que el centurión a cargo de la unidad le ordenó servir bajo su mando.

Así fue que Acre, el joven huérfano que se convirtió en la estrella del El Circo de Séptimo y luego conquistó las arenas de El Pabellón de Antígono bajo el nombre de Sagitta, se forjó un nuevo destino como soldado romano bajo la identidad de Trieste. Participando en innumerables batallas el joven impresionaba a sus superiores quienes lo recompensaban con títulos y gratificaciones. Escalando, posición tras posición, el joven soldado, se hizo merecedor del título de General con la encomienda de asistir al prefecto romano en Judea.

Con el tiempo su fama y sus legiones aumentaron y por esto ante la mayor amenaza del reino de Judea, el General Trieste fue designado a encabezar esa lucha. Él, muy orgulloso por ser elegido para tan importante encomienda no imaginaba a qué se enfrentaría y preparándose para lo peor, comenzó su expedición. Para sorpresa del gran General la amenaza del reino no era un enorme ejército invasor; sino un grupo de cristianos que profesaban su fe por doquier. El General Trieste comenzó el exterminio de este grupo que no puso resistencia. Los cristianos sólo se ponían de rodillas y encomendaban su alma al Supremo Creador, permitiendo su rápida ejecución. El sangriento General, no disfrutó de esta masacre, pues, en esta ocasión sus enemigos no eran bárbaros ni soldados que atentaban contra su vida; sino unos indefensos e ilusos creyentes.

De esta manera el General continuó su marcha en busca de un ejército digno con quien combatir, optando así por dejar atrás a todo cristiano que hallara a su paso. Día tras día, el General y sus hombres se sorprendían ante las acciones de estos grupos cristianos quienes les ofrecían, sin menosprecio, víveres y otras exigencias, aun sabiendo que eran ellos los enviados a exterminarlos.

Llegó el día en que todo cambiaría para el General, acercándose a una costa observó a lo lejos un grupo de soldados romanos enfrascados en una batalla, el General no titubeó en emprender el ataque para ayudar a

sus compatriotas, pues, llevaba largo tiempo esperando una colisión. Al alcanzar la zona de combate, Trieste y sus hombres se percataron de que lo que habían visto a lo lejos no era una batalla; sino el exterminio de un vasto grupo de cristianos que habían organizado una flota de barcos para huir del constante ataque de sus perseguidores. El General miraba con asombro el abuso y la injusta masacre y observando fijamente a sus hombres, se inclinó y, con la sangre aún caliente de los cuerpos inertes, comenzó con furia a dibujar una cruz sobre su armadura. Mientras se levantaba y seguía mirando ese genocidio ordenó a sus hombres que se aprestaran a defender a los cristianos. Ellos que admiraban y respetaban; pero sobre todo, temían al General, no dudaron en seguir sus instrucciones y aniquilaron al ejército romano resultando así una batalla que cambiaría sus vidas y la de los cristianos para siempre.

Luego de ese enfrentamiento el General Trieste, consciente de que había traicionado al César y a otros monarcas de la misma calaña, ordenó a sus hombres reunir al grupo de cristianos que habían dejado atrás y zarpar junto a éstos en su flota de barcos. Después de mucho navegar llegaron a Snaeland, una isla poco frecuentada que se caracteriza por su suelo rocoso y volcánico que se encuentra en la dorsal mesoatlántica. Aquí se establecieron. Formaron una comuna que, aunque discrepaban entre ellos, anhelaban la paz. Surgieron nuevas familias y años más tarde, algunas inspiradas por el legado del General, dieron el nombre de Reino de Trieste al territorio.

Capítulo 7

Confabulación

Luego de siglos de crecimiento social y cultural el cristianismo comenzaba a fungir como uno de los grandes poderes de un imperio. Las hazañas de grandes figuras como Trieste eran la base de su desarrollo. Los precursores del legado del Redentor visualizaban como su fe se estaba convirtiendo en la religión oficial del Imperio romano. Por lo menos así se vislumbraba; pero no todos los habitantes eran fieles a los postulados de la fe cristiana. Había quienes veían en esta oficialización la vía para adquirir grandeza. Uno de estos era el Emperador, que inducido por otros de su calaña pretendía desvirtuar el verdadero postulado de la fe cristiana. Tenía asesores y confidentes que lo ayudarían en su propósito. Había quienes por ignorancia e intimidación accedían a las imposiciones del Emperador y sus secuaces.

El Emperador, confiado en que sus propuestas serían respaldadas, convocó a una reunión a los líderes religiosos. La asistencia fue plena y luego de saludos y otros aspectos protocolarios el Emperador presentó sus propuestas. Estas eran avaladas por los que ya habían sido contactados previamente. Esto molestaba e inquietaba a los que trataban de expresar su desacuerdo. Unos se ponían de pies para hacerse notar y otros con voz enérgica reclamaban ser escuchados. Las intenciones reales del Emperador eran manipular las escrituras. Éstas contenían parábolas y proverbios que con una simple alteración gráfica o una interpretación mal intencionada cambiaba la connotación original. Todo en beneficio del Imperio ya que reconociendo el gran poder de convencimiento que poseían éstas para los fieles le sería fácil atraerlos. A cambio de esto los seguidores de estas creencias no serían perseguidos y recibirían gratificaciones económicas y poder social. La reunión estaba en pleno apogeo y era evidente hacia qué bando se inclinaban las opiniones. No había duda de que los que se habían confabulado con el Emperador habían realizado bien su trabajo, sólo un pequeño grupo estaba en desacuerdo, los que se denominaban como los Descendientes de los Doce que sin hacer mucho revuelo abandonaron la reunión indignados.

Pasados varios años de esta reunión el Emperador pidió a los líderes de los Descendientes de los Doce que le permitieran discutir nuevamente el asunto de la oficialización del cristianismo. No había duda de que este pequeño grupo no se había quedado cruzado de brazos y que había logrado que muchos cristianos rechazaran las ofertas del máximo líder. Ahora el Emperador los convocaba nuevamente y ellos no confiaban en que éste recurriera al diálogo para convencerlos. Desconocían las intenciones del César; pero sabían como obraba cuando algo le salía mal y

era mejor acceder a esa orden directa y ver que se podía lograr.

Antes de partir a su encuentro con el Emperador los líderes convocaron a sus seguidores, locales y adyacentes. El arribo de éstos no se hizo esperar y ya reunidos el portavoz de los Descendientes de los Doce les comunicó sobre lo acontecido recientemente. Los seguidores se mostraron temerosos pues conocían los peligros a los que se enfrentaban los que no accedían a los intereses del Emperador; pero los líderes habían tomado una decisión y tenían una estrategia que aseguraría la continuidad del legado del Salvador. Conscientes de que el Cesar no desistiría en sus intereses optaron por poner en marcha un nuevo plan que consistía en hacer creer al emperador que su mayor obstáculo había sido eliminado. Además para evitar que en un futuro el máximo mandatario arremetiera contra los elegidos a continuar con el legado del Mesías, estos seguirían profesando su fe a escondidas y con otro nombre. Decidieron escoger un nuevo líder. Una persona que por su experiencia, buen juicio y firmeza en sus creencias pudiera guiarlos en este nuevo rumbo.

Kiolén, de 54 años de edad, fue la persona más idónea para este cargo y junto a un selecto clan en los que figuraban; su esposa Jokulsa, Seth y su cónyuge Morgana, Thojorsa, Hekla, Holmavik, Akureyli, Alkranes y Dantés fueron llamados aparte. Este grupo escogido representaba la descendencia más cercana de los discípulos del Redentor y por ende los más fieles representantes del mensaje de Éste en la Tierra. Lo discutido en esa reunión debía mantenerse en secreto para evitar represalias de parte del Imperio. Los seguidores de los Descendientes de los Doce lucían apesadumbrados por la noticia de la dispersión del grupo.

Lo que motivó el llamado de este grupo fue la otorgación de unos amuletos. Según relataban los más devotos éstos fueron entregados por el Mesías a sus discípulos en la Última Cena. Estos objetos poseían cualidades especiales que le permitían a su poseedor realizar actos sobrenaturales. Kiolén recibió el Amuleto del Tiempo, su esposa Jokulsa el del Espíritu, Seth y su compañera Morgana recibieron los amuletos de la Metamorfosis y la Luz respectivamente. La repartición de amuletos continuó de la siguiente manera: Thojorsa obtuvo el del Agua, Hekla el de la Tierra, Husavik el del Fuego, Holmavik el del Viento, Akureyli el del Trueno, Alkranes el del Hielo y Dantés recibió el Amuleto Síquico. Luego de hacer la entrega de los amuletos, los líderes de los Descendientes de los Doce partieron a su reunión con el Emperador, pero como era de esperarse nunca más se supo de ellos.

Capítulo 8

Tribu de Kiolén

El tiempo es el mejor aliado para las causas difíciles. Los que se oponían a las intenciones del César se percibían rezagados. Los aires de triunfo ya eran notables. Los aliados del Emperador iban en aumento, dentro de poco el Cristianismo sería la religión del Imperio. Con la manipulación de las Escrituras el Cesar esperaba fortalecer el Imperio y expandir su nueva religión por todo el mundo, conquistando, en el supuesto nombre del Creador, todo a su paso.

El único obstáculo para los planes del Emperador lo era un grupo de enérgicos creyentes cuyo conocimiento y fe no podían ser quebrantados, llevaban el verdadero mensaje contradiciendo así las prédicas de los aliados del César. Este grupo se componía de los descendientes directos de los discípulos del Nazareno, que desde su nacimiento eran educados para continuar las enseñanzas del Señor. Estos sucesores, que eran guiados por Kiolén, tenían en su poder los amuletos que les fueron legados. La Tribu de Kiolén, como se les conocía, comenzaba a ganar seguidores. Las prédicas rendían fruto, en poco tiempo el número de creyentes era significativo, por lo que comenzó a llamar la atención del Emperador, quien notaba que sus planes se frustraban. Debía evitar que la confusión se apoderara de sus aliados. Y fue por eso que ante estos dones y la amenaza que representaban para los planes del Imperio, el César declaró a este grupo como herejes y hechiceros, ordenando así su captura y ejecución.

Muchos de los cristianos creyeron estas acusaciones y traicionaron a Kiolén, obligando a éste y a los suyos a esconderse. Así la Tribu de Kiolén, fue perseguida por quienes una vez vivieron a su lado y creían en su mensaje. La persecución se hizo tan grande que los seguidores de la tribu disminuían a pasos agigantados a la vez que las ejecuciones aumentaban considerablemente. No había rincón donde no se escuchara un grito de terror. Entonces Dantés, uno de los más jóvenes descendientes y poseedor del Amuleto Síquico, propuso a los demás que utilizaran sus dones para defenderse y proteger a los suyos. Su propuesta fue totalmente ignorada, pues, éste era sólo un joven y carecía del respeto y apoyo de los ancianos, quienes entendían que no era propicio responder a la violencia con más violencia.

Dantés lleno de furia y desesperación, comenzó a sentir una extraña sensación, como si fuera un llamado que sólo él con sus poderes síquicos lograba escuchar. Su comportamiento cambió, se tornó violento y arrogante. Kiolén y los demás descendientes intentaron controlarlo; pero la influencia de ese llamado que sólo el joven oía se hacía cada vez más fuerte. Entonces guiado por ese impulso involuntario se marchó dejando

atónitos a los de la tribu. Iba como empujado por esa fuerza sobrenatural sin presintir siquiera que lo que buscaba podría cambiar su vida y la de los demás descendientes.

El Emperador, decidido a eliminar los obstáculos de su misión, continuaba asignando refuerzos a las tropas que tenían como misión sacar a la Tribu de Kiolén del camino, además ofrecía grandes recompensas a aquellos que ayudaran a la captura de estos denominados herejes. La persecución de la Tribu de Kiolén aumentaba y cada vez eran más los seguidores que abandonaban el grupo por temor a ser capturados. Ante esto Kiolén recurrió a sus dones del control del tiempo para ver el futuro y al ver lo que les deparaba éste enloqueció.

Los descendientes y su gente se encontraban en disputa, pues los jóvenes deseaban luchar y defenderse de las injusticias de que estaban siendo víctimas, mientras que los ancianos depositaban su fe en que el Señor les enviaría una señal de salvación. La demencia de Kiolén empeoró esta situación, pues sin un líder a quien seguir, las controversias entre los descendientes y sus seguidores se acrecentarían. Y así mientras la Tribu de Kiolén buscaba la manera de mantenerse unida y de sobrevivir a la persecución del Imperio romano, Dantés continuaba sin rumbo guiado sólo por esa sensación que cada vez se hacía más fuerte.

Capítulo 9

Líder de la Revolución

Por varios días, Dantés viajó en busca de lo que para él era la señal que su gente estaba esperando. En su camino observó cómo los soldados romanos continuaban cometiendo atrocidades, sólo que ahora lo hacían portando en sus armaduras y escudos símbolos religiosos. Estaban segados por su equívoca convicción. No había duda de que el Emperador había ideado bien su plan. Tratando de pasar desapercibido Dantés buscaba desesperadamente la manera de ignorar lo que sus ojos presenciaban; pero con esto sólo lograba acrecentar su furia y desesperación. La sensación que guiaba al descendiente se alimentaba de este coraje y se hacía cada vez más fuerte causando que el joven casi perdiera el control de sus actos.

Por otro lado la Tribu de Kiolén había decidido encaminarse a la costa para escapar, como lo hiciera en el pasado el legendario General Trieste, pues ya no quedaba lugar alguno donde no fuesen perseguidos. El liderato de la tribu se desmoronaba; pues unos deseaban huir para salvarse mientras que otros querían luchar y esperar a que Dantés volviera para que asumiera el comando. El joven descendiente comenzaba a ganar seguidores en la tribu ya que la idea de ser un mártir dejaba de ser vista con buenos ojos.

En tanto los rumores sobre las recompensas ofrecidas por el Emperador a cualquiera que ayudara a capturar a Kiolén y sus seguidores comenzaban a tentar a los habitantes de las provincias romanas. Fue por esto que Dantés se vio acorralado por unos campesinos, quienes al reconocerlo no dudaron en intentar ganar parte de la recompensa ofrecida por su captura. Lleno de furia, cansado de los abusos y de huir Dantés utilizó su Amuleto Síquico para controlar las mentes de sus agresores y hacer que éstos se atacaran entre sí, causándoles la muerte. De pronto todo el cielo se oscureció y ante la sorpresa de Dantés una especie de talismán apareció frente a él, era el Amuleto de la Oscuridad que fuese otorgado al que traicionó al Redentor en la Última Cena y al éste suicidarse no dejó descendientes, por lo que su amuleto permanecía perdido hasta que alguien probara merecerlo. Dantés era el elegido ya que había comenzado a renegar de sus principios, la ira, el rencor y la sed de venganza se habían apoderado de su ser.

Un nuevo y poderoso Dantés se encaminó en busca de su tribu y haciendo uso de sus poderes síquicos no tardó mucho en encontrarla. La tribu se había instalado en la costa y había reunido una flota de barcos para zarpar en busca de un mejor lugar donde instalarse. Para la desgracia de la tribu un batallón de soldados romanos había dado con su paradero y trataban de impedir que zarparan. En ese momento el cielo se volvió a oscurecer y

para el alivio de la tribu los soldados no los atacaban; sino que se mataban entre sí, pues, Dantés una vez más utilizó sus dones síquicos para controlar a los soldados. Inconforme con esto el rebelde joven comenzó a manipular a los demás descendientes haciendo así que éstos utilizaran sus amuletos contra los opresores. Hekla hizo que la tierra se abriera y se tragara parte del ejército, Thojorsa embraveció las aguas causando que éstas arrollaran todo a su paso, Alkranes comenzó a congelar a todo aquel que lo atacara, Holmavik manipuló los vientos causando un torbellino que elevó hasta el cielo a los soldados para luego dejarlos caer sin piedad alguna, Akureyli por su parte, desató una tormenta eléctrica para pulverizar a los romanos, Husavik creó una enorme llamarada que consumió a los que intentaban acercársele. Entonces Morgana con su Amuleto de la Luz iluminó el cielo y Jokulsa aprovechó esta oportunidad para mostrarle a Dantés, a través de su poder de controlar los espíritus, las almas aniquiladas por su maldad, éste al ver esa manifestación quedó perplejo, pero luego lleno de una gran ira utilizó sus dones telepáticos para hacer que la cabeza de Jokulsa estallara en pedazos. Ante esta situación Seth usó su poder para la transformación y se convirtió en un enorme bisonte y abalanzándose sobre Dantés le acertó un golpe que lo dejó inconsciente, dando fin al desastre causado por éste.

Capítulo 10

Redención

La Tribu de Kiolén zarpó en busca de un lugar donde poder establecerse y restaurar sus lazos de hermandad. Pero aunque dejaban atrás los rastros de la destrucción y la masacre que causaron no era tan fácil ignorar los remordimientos. Así surgió otra diferencia entre los líderes de la tribu, pues Huzavik, Akureyli, Holmavik, Alkranes, Thojorsa y Hekla no se sentían capaces de controlar sus dones y decidieron abandonarlos. Considerando que los dones no deberían ser heredados, sino más bien ganados. Determinaron que el modo de sucesión debía ser modificado y que sus amuletos deberían ser escondidos hasta que algún descendiente probara ser digno de poseerlos e inclusive controlarlos. En cambio, Morgana y Seth decidieron conservar sus dones y seguir la antigua manera de sucesión, donde los dones eran entregados a través de un amuleto a su heredero al momento del deceso del actual poseedor.

Dantés recobraba el conocimiento, apesadumbrado por los sucesos no se percató de la proximidad de Kiolén, que en sollozos blasfemaba y abrazaba a su decapitada esposa. La visión que había tenido del futuro se había consumado irremediabilmente. La ira lo descontroló y cuando se proponía abalanzarse sobre el asesino de su amada, su corazón, que no había pasado prueba similar, colapsó. Dantés, ante este semejante suceso, no pudo contener su llanto, la culpa y el remordimiento se apoderaron de su ser. Tomando el Amuleto de la Oscuridad se dirigió hacia Seth con la intención de entregárselo, ya frente a él se inclinó y de rodillas le pidió que lo perdonara y que con su sabiduría guiara a su gente de nuevo al sendero del Señor. Seth se dispuso a recibirlo; pero cuando Dantés soltó el misterioso objeto, éste desapareció pues sólo el que albergara maldad podía poseerlo.

De esta forma, ante la muerte de Kiolén y Jokulsa, mas el arrepentimiento de Dantés, Seth, por ser el más sabio, fue nombrado líder de la tribu. Además él y su esposa Morgana tenían la responsabilidad de entregar a Cassandra, la hija de Kiolén y Jokulsa, los amuletos del Tiempo y el Espíritu, pues según la sucesión ésta sería la poseedora de esos dones. Estos poderes eran muy complicados y desde que fueron otorgados por el Redentor, ninguno de sus poseedores había podido comprenderlos del todo. Por primera vez ambos poderes eran poseídos por la misma persona, esta era Cassandra, quien junto a sus tutores Seth y Morgana, se proponía buscar la manera de controlarlos. Así mientras la joven recibía sus nuevos dones, los demás descendientes se preparaban para despojarse de ellos tan pronto llegasen a tierra firme.

Dantés por su parte meditaba sobre lo sucedido y para su asombro eran muchos los miembros de la tribu que le agradecían por haberlos salvado

del exterminio y justificaban sus medios. Para este grupo el exterminio de la tribu representaría la desaparición del verdadero mensaje del Supremo, por lo que consideraban que la vida de cualquier miembro de la tribu valía más que la de cualquier otro ser humano. Estos admiradores despertaron en Dantés la idea de crear un grupo para defender a su gente de los ataques que se pudieran dar en el futuro. Este plan debería mantenerse en secreto pues seguramente sería rechazado por el liderato de la tribu. Entre los miembros de esta organización se encontraban: Bors, Bana, Gálahad, Tristán, Magilev y Creek quienes, sentían gran respeto hacia Dantés y debido a la vida que llevaban antes de unirse a la tribu, demostraban grandes habilidades de combate.

Así, con un nuevo líder, con una nueva forma de sucesión para los dones otorgados por el Redentor y con un grupo secreto formado por Dantés para proteger a su gente, la Tribu de Kiolén llegó a tierra firme y como lo habían planificado el lugar donde desembarcaron no era otro que el Reino de Trieste. De inmediato comenzaron su travesía en busca de personas a quienes transmitir el mensaje de salvación.

Capítulo 11

Decreto

En su travesía por las distintas aldeas que encontraron a su paso, la Tribu de Kiolén transmitía su mensaje de fe sin persecuciones, pues según había transcurrido el tiempo, en el Reino de Trieste se promulgaba la igualdad, el respeto a las diferencias raciales y a las creencias religiosas. Todos eran tratados justamente por el Rey Javila, quien siguiendo las enseñanzas del General Trieste, su antecesor, les permitía establecer sus aldeas a las afueras del castillo.

Una tarde, mientras los miembros de la tribu argumentaban sobre una decisión que debían tomar, escucharon un galopar presuroso por la vereda donde se encontraban. Trataron de esconderse; pero no les fue posible por la proximidad de los soldados. Esta era la escolta de Augusto, el sobrino del Rey Javila, quienes se detuvieron obedeciendo la orden de su líder. Un grupo de hombres de la tribu hicieron retroceder a las féminas que los acompañaban para indagar la intención de los guardias cuando Augusto los saludó y les comunicó que no les harían daño, que sólo pretendían descansar un poco. Los ánimos se calmaron y mientras los soldados conducían a sus caballos al riachuelo, Augusto y Kasandra intercambiaban miradas.

Pasaron los días y Augusto seguía pensando en el encuentro que había tenido con los miembros de la tribu. Él era un gran admirador de su ancestro el General Trieste y de sus leyendas. Su más grande anhelo era viajar a Europa y conocer en su totalidad la historia de este grupo de creyentes que con sus hazañas cambió el destino de su antecesor y de sus seguidores. De igual forma para los miembros de la tribu el General Trieste representaba el comienzo de la aceptación y divulgación de su mensaje. Augusto estaba intrigado y ansioso por conocer más de su legado y veía en las personas que acababa de conocer la oportunidad de interactuar y descubrir su cultura. Por eso se dio a la tarea de realizar visitas consecutivas a esta pequeña comuna con quien en poco tiempo había creado lazos de amistad, principalmente con Kasandra que era su anfitriona.

Por segunda vez el destino hacía su jugada; pues con la repentina muerte del Rey Javila, quien no había tenido hijos, Augusto por ser el descendiente más cercano, se convertía en su sucesor. Un nuevo rey gobernaría la isla y esto traería cambios. Dantés sospechaba del delirio de Kasandra por el nuevo Rey, él estaba también enamorado de ella; pero no se lo había manifestado a nadie. Se concentraba más en asuntos de la tribu y esta dedicación le dio poder para exhortar a sus seguidores a continuar su viaje para así evitar que su raza se contaminara con otras,

pues creían que ellos al ser escogidos por el Salvador, eran superiores.

Por otro lado, Augusto al saber que estaba por ser separado de su amada, decidió hacer un decreto que le permitiría a cualquier aldea o tribu cruzar las murallas del reino y establecerse como parte del mismo. Fueron muchos los que aprovecharon esta ordenanza; sólo algunos integrantes de la Tribu de Kiolén se opusieron a ella. Dantés en un acto de desesperación acudió a Seth para que le prohibiera a su gente cruzar los muros y mezclarse con las personas del reino. Pero esta petición resultó tardía, pues, Kassandra, contando con el respaldo incondicional de Morgana, su madre postiza, había convencido a Seth para ser el primero en cruzar las murallas del reino, ya que la salud de éstos sucumbía misteriosamente. Dantés se sintió traicionado y junto a su grupo secreto partió y juró que volvería para rescatar y purificar nuevamente a su raza. Mientras que Augusto y Kassandra celebraban con su gente la unión entre todas las razas que habitaban la isla.

Capítulo 12

Morfeupirosis

Pasaron algunos años y el Rey Augusto hizo el anuncio de que contraería nupcias con Cassandra, quien a pesar de sus problemas de salud se había enamorado totalmente de él. La noticia sacudió al reino, una extranjera se convertiría en su nueva embajadora. La población, que en su mayoría ya se habían mezclado con otras razas, veía la unión con gran alegría, pues, con este acontecimiento ya no existirían divisiones entre los integrantes del Reino de Trieste y los de la Tribu de Kiolén.

Mientras que en las afueras del reino la noticia no fue recibida de igual forma. Dantés, quien seguía enamorado de Cassandra, se encontraba frustrado, pues sabía que ese era el momento perfecto para atacar y tomar venganza de la traición de su gente. Sin embargo, entendía que llevaba la desventaja, pues era superado en número, habilidad y armamento. Tanto era su deseo de venganza que una vez más el cielo se torno grisáceo. De repente el Amuleto de la Oscuridad volvió a aparecer frente a él. Al poseerlo recuperó sus poderes. No conforme con eso se infligió una herida en la muñeca y dejando la sangre fluir invocó las fuerzas del mal para que lo ayudaran a llevar a cabo su plan. Su deseo pareció hacerse realidad, pues una gran fuerza recorría su cuerpo y la herida que se había causado comenzó a sanar rápidamente. El olor de su sangre le llamó la atención y no pudo resistir el deseo de ingerirla. A medida que absorbía esa fuente vital sentía que su fuerza se hacía mayor. El ritual tuvo éxito, Dantés había sido dotado de una cualidad increíble. Su cuerpo se regeneraba con gran facilidad. Su fuerza y agilidad combinadas con sus dones síquicos lo hacían invencible.

Y así mientras su gente asimilaba las costumbres del reino, Dantés aprendía a utilizar los talentos que le otorgaban sus amuletos a la vez que descubría las consecuencias de su extraña transformación. Su cuerpo, aunque muy fuerte mostraba una debilidad al sol, al ajo, al fuego y a la plata. Además dependía de sangre humana para mantenerse saludable, pues en su pacto con el amo de las tinieblas no sólo perdió su alma, sino también su vitalidad, lo que obligaba a éste a succionar la sangre de otros para sobrevivir. Para su beneficio una vez mordía a su víctima, ésta adquiría parte de los dotes de su depredador y lo contagiaba con esta rara condición. Al saciar su sed de sangre, Dantés sin darse cuenta había transformado a una gran mayoría de su hueste en lo que se conoce como morfeupirosidos.

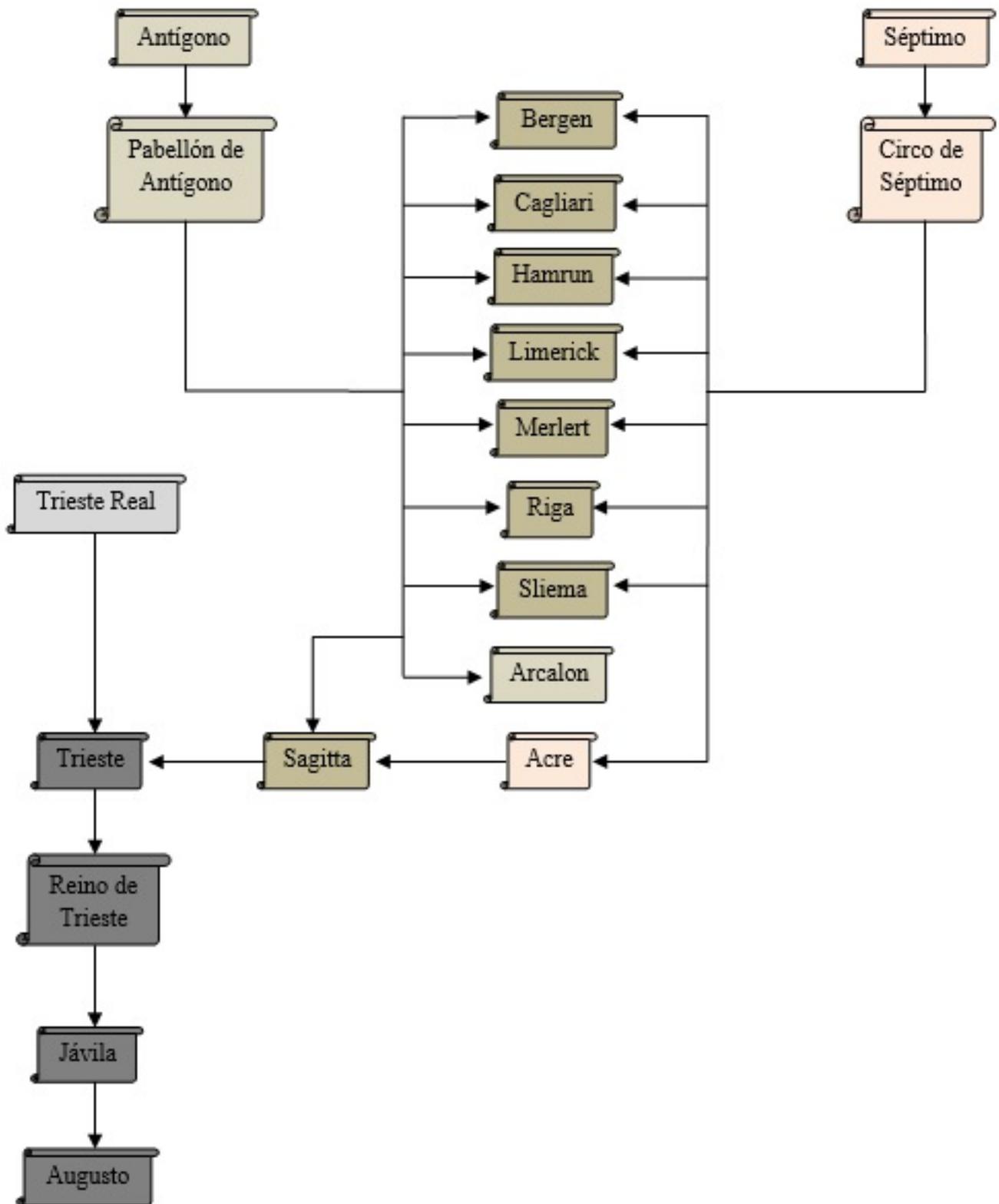
Este grupo de seguidores a su vez heredó las pequeñas debilidades de su líder, sólo que para éstos eran mortales. El sol los destruía, pues su vitalidad provenía de la oscuridad. El ajo, la plata y el fuego causaban daños permanentes e impedían la regeneración; pues su constitución

física obstruía el enlace con el inframundo, de dónde provenía su poder. Los símbolos religiosos representaban su mayor debilidad, pues éstos los torturaban hasta provocarles la muerte, por lo que con tan sólo verlos o estar cerca de ellos los debilitaba y los hacía huir inevitablemente. A pesar de esto la fuerza y agilidad del ejército de Dantés le daban gran seguridad a éste, quien con suma determinación se dirigía al reino para atacarlo.

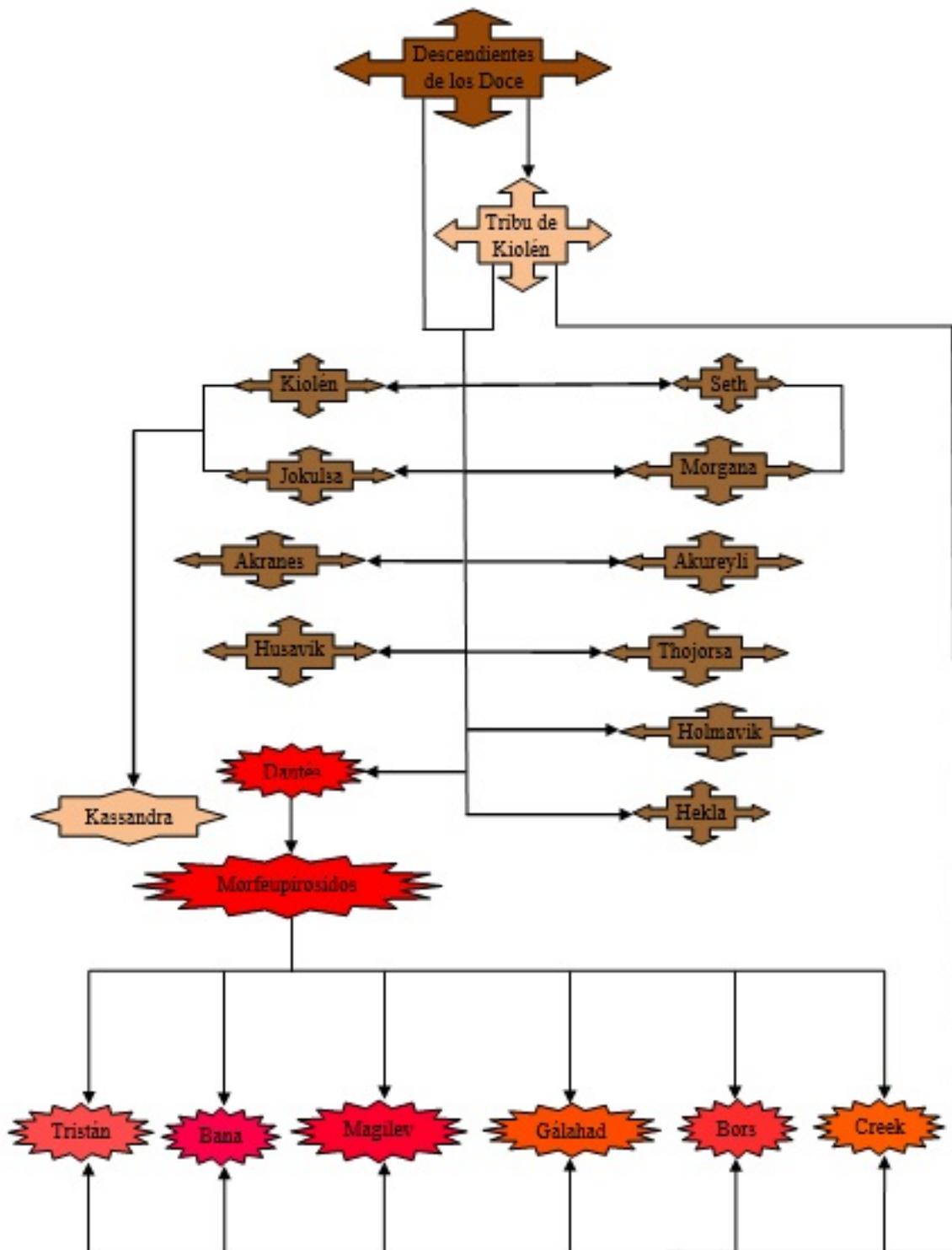
Capítulo 13

Referencias

Reino de Trieste

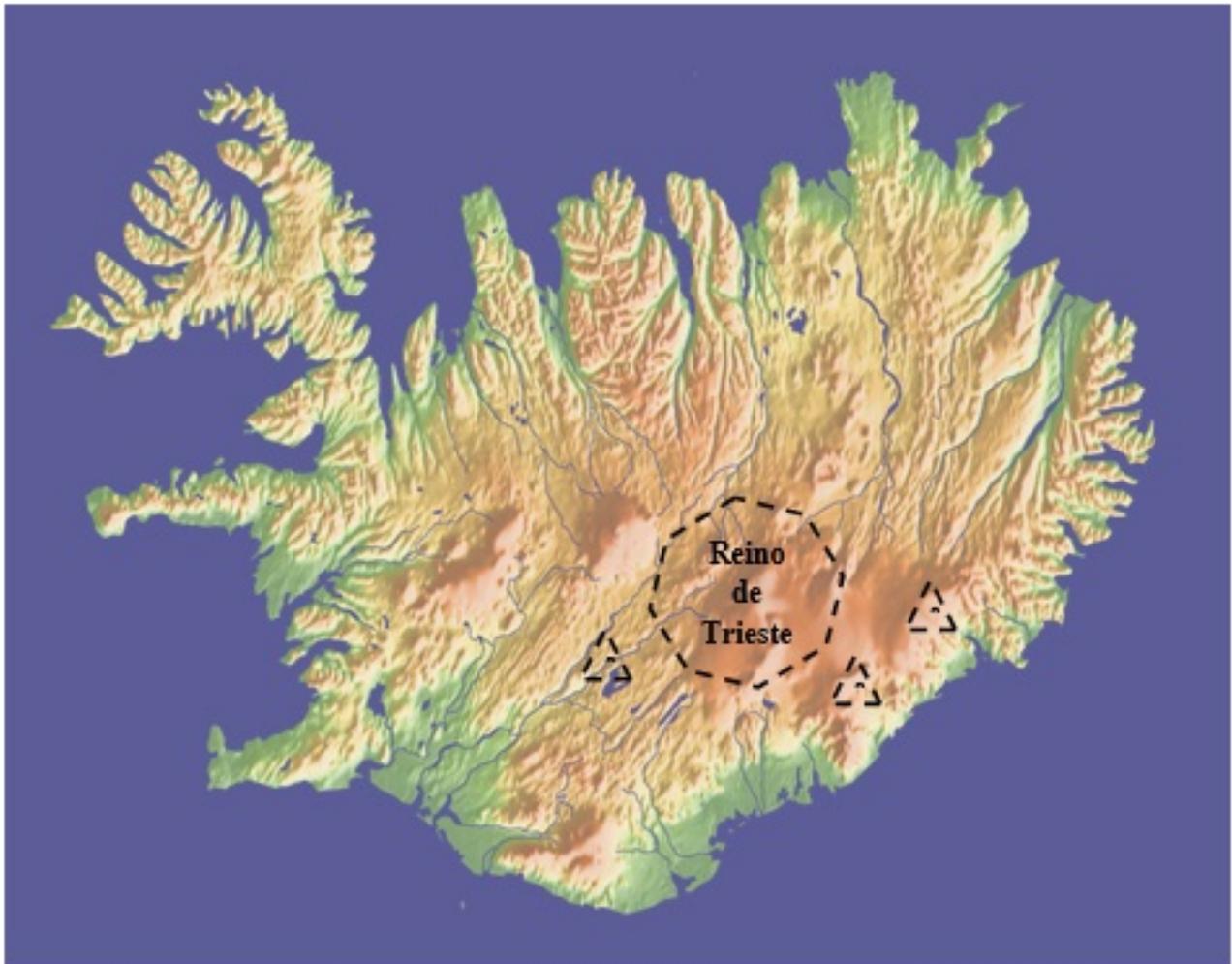


Tribu de Kiolén



Snaeland

Primera Parte Génesis

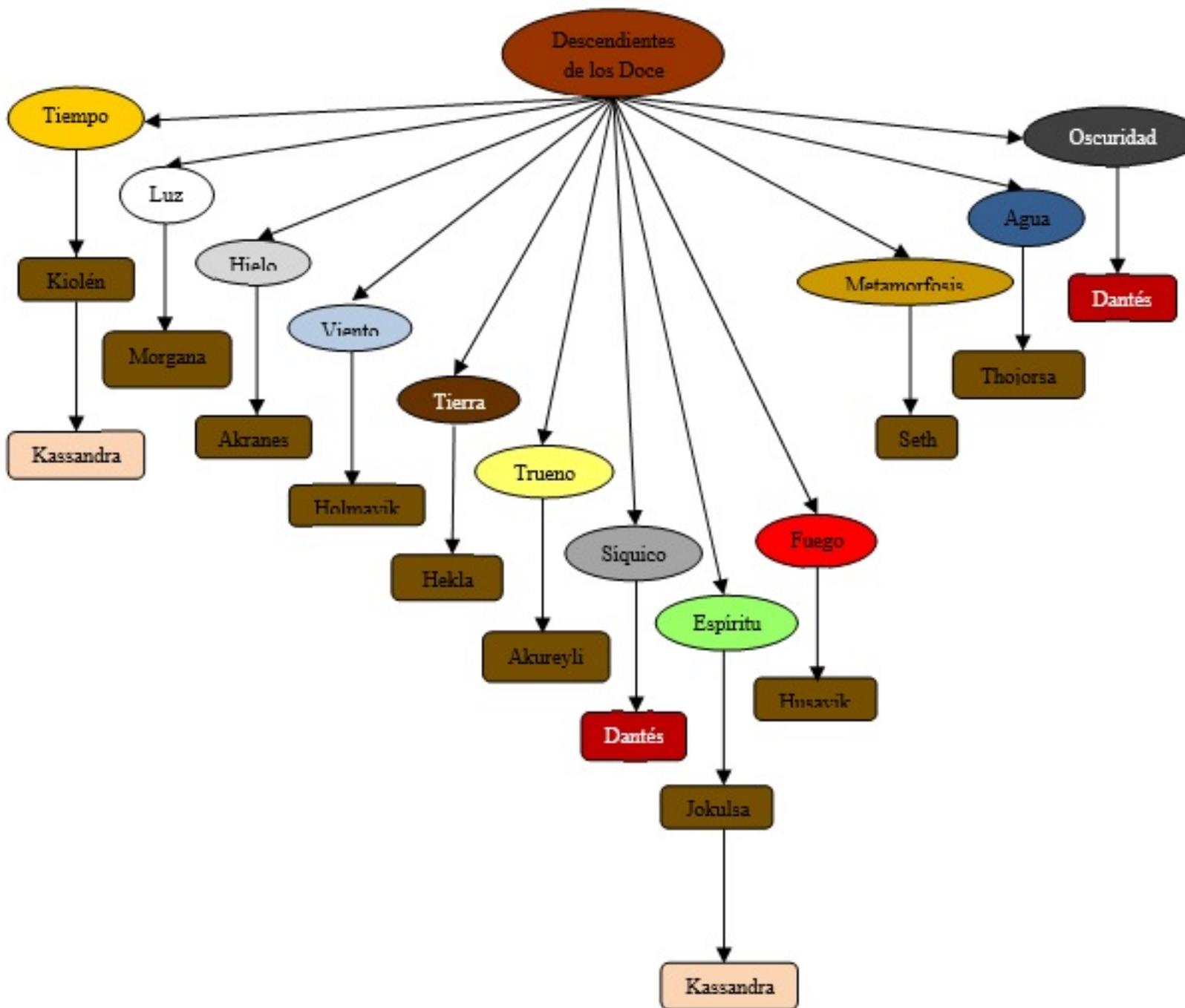


Leyenda

 Reino de Trieste.

 Aldeas Desconocidas.

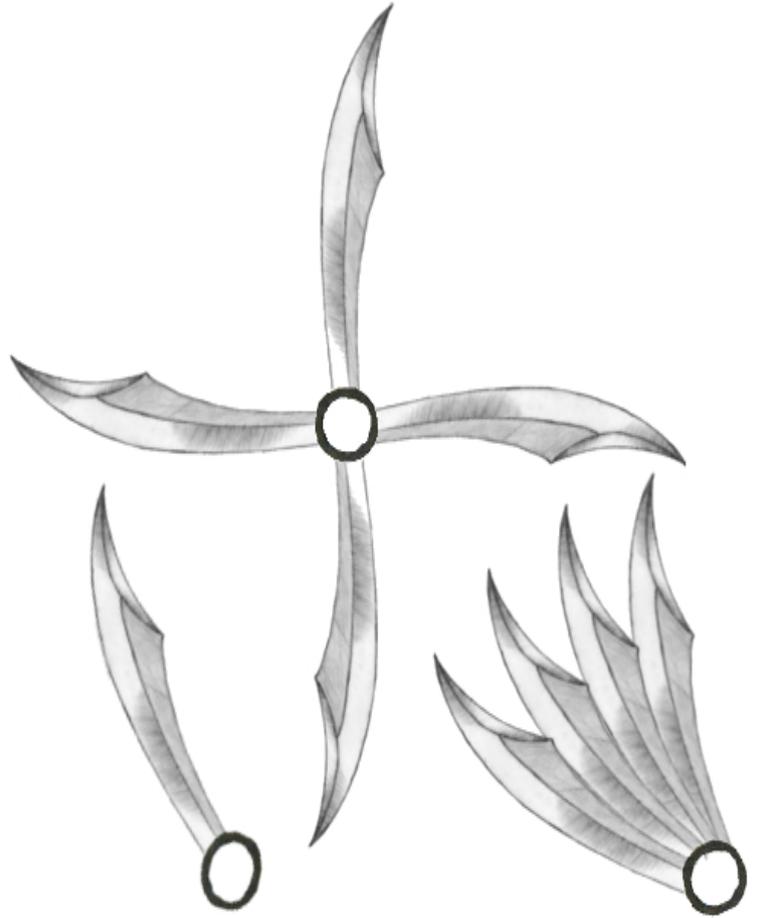
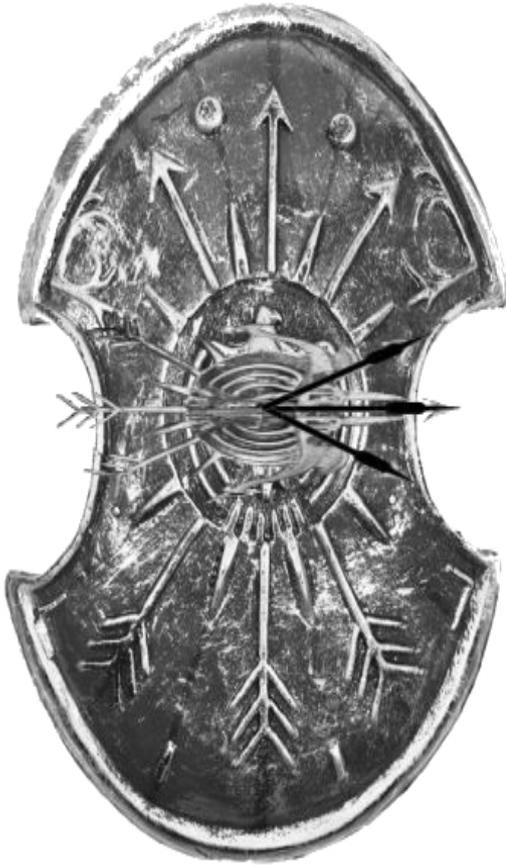
Los Doce Dones



Sagitta



Armamento Personalizado



Doce Dones

